
Aportes de los relatos orales para el estudio de la Frontera Sur, provincia de Córdoba (siglo XIX)



Introducción

Cuando a los hombres y las mujeres que viven en el Sur de Córdoba se les pregunta sobre el pasado de su región, muchos son capaces de remitirse a la presencia de indígenas en este territorio y a la lucha que se desató contra éstos, más precisamente a la historia de la *Frontera Sur*. La misma dio forma a una institución de larga duración en la cual confrontaron durante más de 350 años dos sociedades organizadas de maneras totalmente diferentes. Aunque la negociación y los tratos pacíficos no estuvieron ausentes, fue básicamente un espacio de conflicto. Hablar de la *Frontera Sur* es hacer referencia a malones indígenas e invasiones "cristianas", fortines de barro que había que reconstruir después de las lluvias, milicias miserables condenadas durante años al servicio de la frontera sin recibir pago alguno, indios presos y cautivos blancos. De algunos de esos temas poco sabemos en tanto que a otros hemos preferido olvidarlos. La patrimonialización que se ha efectuado a lo largo del siglo XX ha contribuido sin duda a ello, pudiendo observarse en varios pueblos y ciudades de la región íconos (cañones, monumentos al indio, reconstrucciones de fortines, mangrullos, carteles) que rememoran ese pasado. Sin embargo, esta reconstrucción es sumamente fragmentada, en tanto la historia oficial resaltó algunos eventos en detrimento de otros.

Como en la región quedan escasos relatos orales de lo que pasó en la frontera, los documentos escritos son la principal fuente con

Hablar de la Frontera Sur es hacer referencia a malones indígenas e invasiones "cristianas", fortines de barro que había que reconstruir después de las lluvias, milicias miserables condenadas durante años al servicio de la frontera sin recibir pago alguno, indios presos y cautivos blancos. De algunos de esos temas poco sabemos en tanto que a otros hemos preferido olvidarlos. La patrimonialización que se ha efectuado a lo largo del siglo XX ha contribuido sin duda a ello, pudiendo observarse en varios pueblos y ciudades de la región íconos (cañones, monumentos al indio, reconstrucciones de fortines, mangrullos, carteles) que rememoran ese pasado. Sin embargo, esta reconstrucción es sumamente fragmentada, en tanto la historia oficial resaltó algunos eventos en detrimento de otros.

la que contamos para su estudio. Ello responde al hecho de que la historia oficial de los últimos 120 años negó, silenció y olvidó los relatos sobre ese pasado. Sin embargo, pese a estas dificultades, aún es posible obtener algunos testimonios orales, y éste es el caso de la

historia de vida de Celso Caballero, un cautivo de los ranqueles allá por la década de 1870. El relato actual de uno de sus nietos permite analizar varias cuestiones vinculadas con la reconstrucción del pasado desde la oralidad. En primer lugar, nos alerta sobre los cuidados metodológicos que como investigadores debemos tener cuando incorporamos narraciones orales para analizar períodos bastante alejados del presente, en tanto éstas han sido objeto de sucesivas reconstrucciones, correspondientes al imaginario de épocas diferentes. En segundo lugar y como complemento de lo anterior, da cuenta sobre las diversas fuentes que sustentan estos relatos: en este caso particular cartas de sus familiares que reclamaban por él a un misionero franciscano,

noticias aparecidas en los diarios de la época, la historia que el mismo ex cautivo le contó a un pariente muchos años después y que éste publicara en una revista en la década del 30. En tercer lugar, si consideramos la historia de este cautivo no como mero reflejo de la sociedad fronteriza sino como parte constitutiva de la misma, podremos reconstruir en forma global tanto la dinámica de la *Frontera Sur* como el proceso de su desaparición.

El trabajo está organizado en tres partes. Primero, describimos las características del cautiverio entre los indígenas pampeanos, haciendo especial hincapié en el de Celso. Luego analizamos el relato de Carlos, nieto del cautivo y, finalmente, examinamos los tipos de fuentes que sustentan su relato.

1. La reconstrucción histórica del cautiverio

La historiografía argentina ha tergiversado y silenciado en forma reiterada el cautiverio de hombres y mujeres “cristianos” entre los indígenas pampeanos. Actualmente, es conocido el hecho de que, desde principios del siglo XVIII, la mayoría de los grupos indígenas incluían en su población algunos cautivos. Estos constituyeron un punto clave del conflicto interétnico, por el cual se iba a la guerra o se mantenía la paz. Mientras algunos se quedaron a vivir en el “desierto”, otros escaparon y por otros se pagaron importantes rescates. A través de ellos, los indígenas negociaron su conflictiva relación con la sociedad “cristiana”, dando materialidad a una de las formas de intercambio más singulares, en tanto involucró vidas humanas (Mayo, 1999; Operé, 2001). Con respecto a las funciones que éstos desempeñaban en la “tierra adentro”, existen diferentes posiciones. Por una parte, se destacan los enfoques que llaman la atención sobre los aspectos económicos de esta práctica. Así, por ejemplo, tanto Mandrini (1986) como Palermo (1994) sostienen que las múltiples facetas del papel de las cautivas se comprenden mejor si atendemos a la importancia económica que las mujeres tenían en la sociedad indígena, donde si bien la poligamia era aceptada, sólo caciques y capitanejos podían proporcionarse más de una esposa. Incapaces de reunir una dote, la guerra les permitía acceder a una esposa o concubina cautiva cuyos hijos tendrían el mismo estatus que cualquier otro miembro del grupo, eludiendo así la necesidad de su desembolso. El hecho de que se transformaran en esposas preferidas de sus captores y madres de una numerosa descendencia, planteaba el

Los cautivos eran propiedad individual, e individualmente los intercambiaban o vendían a otros indígenas. Generalmente pertenecían a las jerarquías (sobre todo caciques o indios lanzas), lo cual señala que la apropiación dependía del rol y estatus y, al mismo tiempo, actuaba como refuerzo del poder, y era un hecho definitorio de la suerte del cautivo su edad y estado físico.

problema de la “devolución”, ya que separar a los “cautivos” de los indígenas se tornaba complejo, puesto que los lazos eran muy fuertes. A su vez, los cautivos formaban parte de la red de intercambios en el ámbito de circulación que habían constituido los indígenas del sur –que iba desde el Atlántico hasta el Pacífico– y estaban incluidos en el flujo de bienes que comerciaban con otros aborígenes (Mayo y Latrubesse, 1996:86). Los cautivos eran propiedad individual, e individualmente los intercambiaban o vendían a otros indígenas. Generalmente pertenecían a las jerarquías (sobre todo caciques o indios lanzas), lo cual señala que la apropiación dependía del rol y estatus y, al mismo tiempo, actuaba como

refuerzo del poder, y era un hecho definitorio de la suerte del cautivo su edad y estado físico. Sin embargo, su importancia va mucho más allá de las transacciones económicas, adquiriendo valor de capital simbólico en tanto roza aspectos vinculados con las estrategias de “adaptación cultural” de la sociedad indígena que pretendía aprehender los saberes del otro, estableciendo líneas de relaciones entre ambas sociedades (Néspolo, 1999). En ese marco, mientras Operé (2001) considera que se trataba de una actividad de acoso que

los indígenas realizaban como parte de su estrategia de resistencia, Mayo y Latrubesse sostienen que las dilatadas maniobras y regateos a que daba lugar su rescate encerraban en sí mismos una instancia diplomática a través de la cual los indígenas pretendían demostrar la existencia de una actitud amistosa y favorable a las negociaciones.

Más allá de la perspectiva desde la cual el tema sea estudiado, lo cierto es que en los confines de ambas culturas, el cautivo no era solamente una mercancía. Mientras su intercambio se veía interrumpido en tiempos de guerra, se transformaban en un tema clave cuando se acordaba la paz, y una de las exigencias del gobierno era la devolución de los “cristianos” que estuvieran en poder de los indígenas quienes, a su vez, solían llevar cautivos a los fortines como regalo para las

autoridades. Al mismo tiempo, cuando era detenido algún indígena importante, sus familiares ofrecían cautivos para su rescate. La mayoría de ellos había nacido en proximidades de la frontera y pertenecía a los estratos más bajos de la sociedad rural. El objeto preferente de los malones fueron las mujeres y los niños en tanto que el destino de los hombres y ancianos era ser atados o abandonados. Muchos cautivos rescatados habían estado tanto tiempo en las tolderías, que al regresar ya no hablaban castellano y, en el caso de los niños, extrañaban la vida tribal.

Uno de los cautivos de la *Frontera Sur* fue Celso Caballero. En noviembre de 1872, cuando tenía aproximadamente 12 años, fue tomado prisionero por una pequeña partida de ranqueles en las proximidades de Ballesteros, provincia de Córdoba. Desde allí fue llevado hasta las tolderías de Leubucó, en donde vivía el cacique Mariano Rosas, y luego a las de Pincén, al este de las anteriores, limitando con la provincia de Buenos Aires. En ese espacio creció y participó de la vida indígena. En momentos de la *Conquista del Desierto* huyó hacia el sur con las diezmadas fuerzas indígenas, buscando finalmente refugio en Chile. Allí permaneció hasta 1890, año en el que decidió volver a su pueblo natal, donde vivió hasta su muerte acaecida en 1938.

La reconstrucción precedente fue realizada teniendo en cuenta fuentes documentales (cartas y periódicos), así como también los relatos del propio Celso y de su nieto Carlos. En los apartados siguientes examinamos esta cuestión en detalle.

2. El cautiverio de Celso según el testimonio de su nieto

En octubre del año 2001 accedimos a la historia del cautiverio de Celso contada por su nieto Carlos. Su testimonio registra una serie de dificultades desde el punto de vista metodológico principalmente porque Carlos, al contarnos la vida de su abuelo, nos relató simultáneamente tres o cuatro historias homólogas y entrelazadas, es decir, la de su abuelo (fuertemente atravesada por lo que nuestro informante escuchó en su familia pero

también por todo lo que éste le agregó a partir de su propia investigación bibliográfica y documental); la de su padre que continuamente se negó a hablar de Celso, la de sus tíos y la suya propia. En este sentido y siguiendo a Bordieu (1995:152) podemos decir que como la lógica del relato descansa en la ambigüedad permanente –producto de que estas historias son intercambiables y no se puede establecer rápidamente quién es el que verdaderamente habla cuando lo está haciendo Carlos– no existen las historias de vida lineales con las que suelen conformarse los sociólogos, sino que éstas son totalmente artificiales. Por esta razón, nuestro análisis de los relatos sobre Celso parte de la distinción entre los acontecimientos de la

sociedad fronteriza y su proyección en el tiempo según los procesos de control y de disciplinamiento social que sobre ella acaecieron.

El testimonio de Carlos está cruzado por la negación, el silencio y la búsqueda del olvido. En este sentido “el silencio no es una mera ausencia: puede ser el acto de eludir la responsabilidad de mantener la memoria que sostiene el mundo. Olvido, memoria y responsabilidad se interpenetran y forman el sustento más sólido en que se edifica lo humano”. Ello es así porque “la vida de los hombres

se edifica sobre algunos silencios. Silencios, es decir, voluntad de olvido que a veces es deseo de que otros olviden lo que uno no puede olvidar” (Schmuclear, 1995:51-52). En este marco Susana Rotker, en su libro *Cautivas. Olvidos y memoria en la Argentina*, sostiene que hablar de olvido puede resultar una trampa: sólo se olvida desde el presente, sólo se olvida lo que hemos conocido. El olvido tendría, en este caso, dos instancias: una, la de la generación poseedora del pasado que no la transmitió a la siguiente; otra, la de las generaciones posteriores que –voluntaria o pasivamente, por indiferencia o rechazo– se negaron a reconstruir y reproducir esas mismas zonas del pasado. Silencio y negación son el ejercicio activo del olvido. Desde esta perspectiva, la autora postula que el silencio ha tenido consecuencias asombrosas para toda forma de heterogeneidad

(...) sólo se olvida desde el presente, sólo se olvida lo que hemos conocido. El olvido tendría, en este caso, dos instancias: una, la de la generación poseedora del pasado que no la transmitió a la siguiente; otra, la de las generaciones posteriores que –voluntaria o pasivamente, por indiferencia o rechazo– se negaron a reconstruir y reproducir esas mismas zonas del pasado.

en la Argentina. Al respecto, hay un significativo juego de espejos que se repite: no sólo tenemos a los “desaparecidos de 1870” como los llamó David Viñas, sino que la costumbre de “desaparecer” franjas sociales que no se corresponden con la imagen que la nación quiere tener de sí, remite también a los miles que desaparecieron un siglo después durante la llamada guerra sucia de la última dictadura militar (Rotker, 1999:54).

En este aspecto, en el relato de Carlos se destaca como central la desvalorización de la historia del cautivo, situación que se hace explícita tanto en el ámbito social como en el familiar. En el primero, porque luego de regresar a Ballesteros, Celso fue denominado por los vecinos “el indio” (mote que también heredó su hijo Sergio, el padre de Carlos), de modo que el pasado en la “tierra adentro” se proyectó en su vida y en la de su familia como una marca imborrable. A este estigma se sumó la desautorización del relato de Celso sobre las injusticias cometidas por el ejército contra los indios y los gauchos que hizo un militar que participó en la Conquista del Desierto. Esta impronta social de negación del cautiverio impactó sobre la familia de Celso haciendo que las narraciones sobre el pasado indígena fueran relegadas a un segundo plano: el de las anécdotas familiares o, peor aún, el del silencio.

La historia del cautiverio de su abuelo llegó a Carlos a través del testimonio de una tía abuela y, posteriormente, de un tío.

La única que hablaba de, digamos de Celso cuando era chico, era mi tía abuela, una cuñada de Celso, Liberia Pereyra de Juárez, que fue la que despertó en mí el interés por buscar los datos, es decir, la que me dio la certeza de que en algún lado había datos. Porque me contaba cosas y ella ya estaba muy viejita y tenía una amnesia (...) Yo iba con mi padre todos los veranos a pasar una semana a la casa de la tía que era la única parienta viva que le había quedado a mi padre. Mi tío, el hermano de papá también venía de Rosario. O sea que sus vacaciones se pasaban ahí, donde estaban sus amigos y donde, en Ballesteros Sur donde yo tuve el primer contacto con esa noticia porque a mí siempre me llamó la atención de chiquito que a mi papá que era una persona, siempre fue una persona muy seria, reservada, los amigos le decían el Indio.

Más adelante Carlos agrega, reconstruyendo parcialmente el relato de uno de sus tíos:

(...) Mi tío Celestino me contaba... Papá, dice, venían los muchachos luchaban y luchaban que el indio, que esto, que lo otro, qué sé yo, y entonces, en una oportunidad, dice, él siempre se reía y los dejaba, dice, dejalos hijo, los muchachos... son muchachos. Pero en una oportunidad se ve que mi abuelo, decía el tío, se ve que papá tenía ganas de jugar también o le pareció bien... Entonces dice, bueno, bueno, a ver, busquen ustedes todos un palo, como si fuera un facón y rodéenme. Y entonces, todos, claro, la gran noticia, había que pelear contra el indio. Entonces, dice, papá se buscó una tacuara que tenían, yo no sé si para limpiar el techo, para qué, pero que era una tacuara de lindo tamaño. (...) Bueno, los muchachos se le venían todos juntos. Y dice, ustedes me tienen que golpear con un palo en el pecho o en la espalda. Y dice, y papá, entonces Celestino me hace la representación a su vez con un palo de escoba, no me acuerdo con que lo que era, él tenía también la rama larga. Abrió los pies, pasó la lanza entre los pies y luego puso las piernas en línea paralela a la lanza y entonces con la mano iba bamboleando la punta, ¿no cierto?, bamboleando la punta, pero con el talón la corría violentamente de lugar, y entonces cuando estaba mostrándole la punta de la lanza a alguno, el otro se le venía de atrás de la espalda, mi abuelo, dice mi papá con el talón inmediatamente le hacía un giro y el que se arrimaba, se encontraba, dice, que tenía la lanza en medio del pecho. Y no le pudieron pegar. Diversiones que tenía él.

Siguiendo el relato de Carlos, es posible advertir que en el ámbito familiar se mantuvieron diversos recuerdos sobre la vida de Celso en las tolderías. Ello fue posible porque el propio Celso, en algunas ocasiones, procuró mostrar a sus familiares lo que había aprendido en la “tierra adentro”, y, a su vez porque éstos continuaron transmitiendo (inclusive con representaciones) las habilidades guerreras que Celso adquirió cuando era cautivo. Los comentarios familiares no sólo reprodujeron el cautiverio de Celso y su vida posterior sino también los prejuicios sociales en torno a quienes habían vivido en el “confín”: el cautivo, al aprender las destrezas de los indígenas se convirtió en uno de ellos, perdiendo así su condición de “blanco”. Desde esta perspectiva, para los hijos de Celso, especialmente para el padre de Carlos, el problema no era el recuerdo del cautiverio sino la marca de ser denominado “el indio”.

En varias oportunidades, Carlos indicó que

su conocimiento sobre el cautiverio de su abuelo provenía de sus tíos, en tanto su padre se negaba a hablar del tema:

Lo que pasa es que para mi papá era un tema tabú (...) Tabú, Tabú. Cosa que no era para ni mi tío Caballero ni para ninguno de mis tíos Juárez (...) el respeto que yo le tenía a mi padre eh... nunca me dio pie para preguntarle che papá ¿por qué te dicen el indio?

Sin embargo, a lo largo de la entrevista, Carlos mencionó datos que le fueron transmitidos por su padre:

Sí, sí sí. Él [Celso] participó de varios malones. Entonces mi padre me contó, después de mucho insistir y después de hablar con el periodista Miguel Andrei acá en Villa María, un día lo vuelve a visitar (...) Se ve que había estado hurgando en su memoria, entonces le dice [a un hermano de Carlos] cuando veas al periodista contale que mi papá una vez sabía contar que hicieron un gran malón a la provincia de Buenos Aires donde había una inundación y él volvía y se tuvieron que separar, y él volvía con un compañero sólo, porque los venía persiguiendo el ejército, y entonces se encuentran con un río muy grande –debe haber sido un arroyo– que venía muy muy crecido y entonces se tiran los dos, el compañero no salió y papá sí y logró seguir. Y después dice: en otra oportunidad también cruzaban el desierto pero era una sequía espectacular (...)

El silencio del padre de Carlos no equivale a olvido. Por el contrario, éste tenía muy presente la historia de Celso, sólo que prefirió renegar de ella tanto en el plano familiar como en el público.

3. Las fuentes escritas

La fragmentación de las crónicas orales sobre el cautiverio de Celso incentivó a Carlos a buscar información en documentos escritos. Para ello, revisó partidas de defunción al tiempo que visitó archivos provinciales y bibliotecas especializadas, empezando así a reconstruir el cautiverio de su abuelo:

El mismo Celso lo dice. Los padres eran puesteros y él, estaba en el momento que se lo llevan cuando tenía 15 años, en realidad ahí dice en la carta 15 años, en el libro dice que fue en 1860 y no es ninguna de las dos cosas. Se lo llevan de 12 años. (...) la relación la hago porque cuando yo leo la partida de defunción veo la edad y a su vez cuando veo la partida de defunción de mi bisabuela, ahí se presenta Celso, de tal edad. O sea que más o menos se puede hacer una relación. (...) yo mismo entraría a encontrar el Eco de Córdoba, me han mandado recortes del diario La Prensa, entonces, he hablado con gente de Villa Nueva de cómo estaba organizado el Regimiento, el 7 de Infantería del Interior que en un momento acá fue comandado por Roca.

Celso fue denominado por los vecinos "el indio" (mote que también heredó su hijo Sergio, el padre de Carlos), de modo que el pasado en la "tierra adentro" se proyectó en su vida y en la de su familia como una marca imborrable. A este estigma se sumó la desautorización del relato de Celso sobre las injusticias cometidas por el ejército contra los indios y los gauchos que hizo un militar que participó en la Conquista del Desierto.

El fragmento citado hace referencia a las conjeturas que fue elaborando Carlos a partir de las fuentes documentales que consultó: el relato del propio Celso publicado en la revista *Nativa* (posteriormente reproducido en un libro), los periódicos de época (*El Eco de Córdoba*, *La Prensa*) y las cartas, es decir, la correspondencia de frontera que está localizada en el Archivo Histórico del Convento de San Francisco de Río Cuarto referida a Celso. A continuación describimos por separado cada una de estas piezas documentales.

3.a. El relato de Celso en la revista *Nativa*

En 1950 Francisco Javier Rojo y Andrés Ivern compilaron una serie de escritos dispersos, con forma de narración histórica, de autoría de Ricardo Caballero, en un libro denominado *Páginas literarias del último caudillo*. En palabras de los compiladores, esta obra fue escrita "con la intención de resaltar la gesta de los pobladores criollos que en el medio hostil creado por su aislamiento de los grandes centros, mantuvieron las fronteras de la civilización, en los tiempos en que cada estancia era un fortín cristiano" (Rojo e Ivern, 1950:6). Dentro de esta compilación se encuentra un apartado denominado "El cautiverio de Celso" que resume la historia de vida de Celso Caballero, transcrita por Ricardo Caballero y publicada por éste por primera vez en la revista

Nativa de Buenos Aires en diciembre de 1936.

Desde el punto de vista metodológico, el relato del cautivo que nos ofrece *Nativa* tiene un doble carácter: por un lado, hoy tenemos la posibilidad de apreciarlo como un documento histórico, como testimonio de un pasado que procuró ser reconstruido en la década de 1930 y que, justamente ahora, a la luz de una nueva investigación, implica una nueva puesta en valor de lo sucedido, en tanto es recuperado y “ordenado” dentro del conjunto de testimonios que hacen referencia al cautiverio de Celso (cartas de frontera, diarios de época, testimonio del propio nieto). Es decir, consideramos al relato que aparece en *Nativa* como un documento histórico. Pero, por otro lado, no debemos olvidar que la narración de *Nativa* se construyó a partir de una entrevista –bajo la forma de historia de vida– que le hizo el Dr. Ricardo Caballero a Celso, y que luego el primero transformó en escrito.

La narración de Celso está centrada en el nivel de integración a la vida tribal, el favor con que contaba por parte de los caciques, el desdibujamiento de la frontera a partir de la Conquista del Desierto, la huida de las parcialidades hacia Chile, la situación indígena en ese país y, finalmente, el regreso de Celso al sur de Córdoba. En lo que respecta al primer tópico, se observa una importante valoración de la vida en la “tierra adentro”, inclusive Celso se define a sí mismo como indígena:

El indio a quien servía me utilizaba en los trabajos de campo, en los que yo era entendido, y salvo la amenaza de matarme si intentaba huir, me trató sin rigor y casi con afecto. Poco a poco, sentí penetrar en mí, el encanto de aquella vida, transformándome en un indio completo; aprendí la hermosa lengua araucana; fui maestro en el manejo de la lanza, hasta distinguirme en los bárbaros simulacros; hice mi toldo, aré las chacras que me entregaron, cuidé mis tropillas, y participé de los peligros y de las alegrías de las tribus. Con los años el recuerdo de la tierra cristiana iba borrándose de mi memoria. La imagen de mi madre, que otros cautivos me decían la habían visto en la capillita de

Ballesteros, rezando por mi vuelta y pidiendo a Dios por mi vida, enternecía mi alma endurecida por la existencia en el desierto.

Más adelante, se refiere a su estadía en Chile de la siguiente manera:

Presencé allí, la llegada de los indios proscriptos y vencidos. Es uno de mis más emocionantes recuerdos, venían, veníamos, mejor dicho, cubiertos de harapos y de heridas emponzoñadas por el frío, sobre caballos que se arrastraban como sombras. Fuimos recibidos con cariño. Cuando los vencidos pronunciaban sus nombres, los indios más viejos de las tribus chilenas, centenarios algunos, establecían en alta voz, los lazos de familia que los unían a ellos. (...) Enternecido por sus propios recuerdos, Celso se detuvo un momento y prosiguió su relato con visible amargura. Yo viví entre los indios de Arauco hasta 1890. Cansado de la opresión que los gobiernos de Chile empezaban a ejercer sobre las tribus, tomé la resolución de volver a lo que ingenuamente llamaba yo mi tierra.

El testimonio de Celso adquiere valor en tanto permite complementar una serie de datos presentes en la documentación del siglo XIX

sobre el cautiverio. Ante la marginación, muchos cautivos prefirieron no regresar, adaptándose a la forma de vida de las tolderías. Pero además, esta puesta en valor de la vida tribal tiene que ver con la melancolía y la tristeza que le causaba la constatación de que la lucha entre el indio y el gaucho, disputándose el dominio de la pampa, no había beneficiado finalmente a ninguno de los combatientes. Dice Celso:

Tan paria es el gaucho que formaba los ejércitos de la Nación, como fue el indio vencido. Me dijo que nada le era grato en la tierra a la que tanto había deseado volver. Han desaparecido los bosques –exclamó–, las hermosas lagunas, los campos abiertos, los bañados, las aves que los alegraban. De los criollos que fueron mis conocidos, mis parientes, mis amigos, encuentro ancianos vencidos, arrinconados en poblaciones miserables.

De la mano del propio Celso, aparece así casi 50 años después de los acontecimientos que analizamos, una visión sobre la Campaña al Desierto que quedó silenciada y que sin embargo emerge casi como un destello, como fragmento en una historia de vida. Según Carlos, el texto de Celso en *Nativa* es el único relato escrito de su abuelo, razón por la cual su valor es doble: por un lado porque es uno de los pocos testimonios que quedó registrado y por otro, porque Celso interpela tanto al entrevistador como a los destinatarios de sus narraciones, en pos de mostrar cómo se impuso la historia de los triunfadores del desierto, por sobre el sufrimiento de quienes fueron vencidos.

3.b. Los periódicos

Cuando le preguntamos a Carlos por el modo en que había sido cautivado su abuelo, respondió:

Sí, lo que pasa es que en el puesto se defienden, como dice el Diario, se defienden con todo, fieramente, lo logran rechazar. Entonces los indios, que jugaban fundamentalmente con el factor sorpresa, cuando el primer ataque es rechazado y el segundo ataque es rechazado, aparentemente creo que mataron un capitanejo, un cacique importante... Saben que la alarma viaja enseguida y entonces alzarón lo que pudieron y se volvieron. Y en el camino de volver, cuenta mi abuelo, que él trataba de regresar a la casa y habían cortado. Cuando los indios vuelven, lo encuentran a él...

En este texto, es posible apreciar la reconstrucción que Carlos efectuó de aquel suceso tomando como referencia por un lado, lo que cuenta Celso (en *Nativa*) y, por otro, la descripción que efectuó sobre el mismo el diario *El Eco de Córdoba* que, durante los días 16, 17 y 20 noviembre de 1872¹ informó sobre la invasión indígena ocurrida en cercanías de Ballesteros. En uno de los reportes se señala lo siguiente: “VILLA NUEVA Noviembre 17 de 1872 (...) Ayer recibimos un chasque del Mayor Odesa avisando que antes de ayer en la tarde el teniente Márquez marchaba sobre el rastro de los indios, y que el resto de la fuerza seguía. Ayer se le mandaron caballos. Creemos que los indios serán alcanzados porque llevan varios heridos y entre ellos un capitanejo. El día que los indios invadieron el Chato atacaron el puesto de don Ramón Ceballos y recibieron una buena lección. Los indios en número de 30 se

desmontaron a distancia de cuatro cuadras del reducto del puesto y encerraron sus caballos en un corral. (...) En este combate quedaron dos indios muertos (...) Entonces los indios se apresuraron a levantarlo y allí fueron heridos otros. Se retiraron a una chacra en la que permanecieron hasta la noche que emprendieron su marcha en retirada. Llevan un muchacho y nada más. Dejaron los caballos que estaban en la misma chacra que ellos estuvieron”.²

La información que obtiene Carlos del diario *El Eco de Córdoba* no sólo le permite explicar el contexto en el cual su abuelo fue hecho cautivo, sino que también le ofrece la posibilidad de corroborar la forma en que el pasado de frontera aún estaba presente en la memoria de aquellos pobladores posteriores a su desaparición:

Porque si usted se fija, yo no sé si le he alcanzado a dar, pero en el relato que hay en El Eco de Córdoba, el periodista dice que entraron por un determinado lugar al puesto de fulano de tal y ahí la familia tal y la familia tal y cuando yo se lo leo a mi padre, realmente, él sintió un temblor. ¿Por qué? Porque eran gente que él había conocido (...)

Nuevamente en este caso, la historia de Celso se cruza con la historia del padre de Carlos, y en definitiva, de todos aquellos que sintieron los efectos de la lucha en la frontera.

3.c. Las cartas de frontera

Carlos completó la historia de su abuelo cuando localizó las *cartas de frontera*. Con este nombre nos estamos refiriendo a un amplio conjunto documental (cartas, telegramas, informes, memorias, pases, etc.) guardados por los misioneros franciscanos de Río Cuarto en su archivo conventual. De ese conjunto hemos publicado en *Cartas de Frontera* (Tamagnini, 1995) un total de aproximadamente 600 piezas, todas ellas vinculadas con las relaciones entre indígenas y *cristianos*. En estas misivas, cuyos autores son los caciques, los misioneros, los militares y los pobladores fronterizos, se reconstruyen aspectos muy variados de la historia de frontera: tratados de paz, malones, evangelización, racionamiento, sublevaciones militares, cautivos, refugiados políticos, destino final de los indígenas después de la Conquista del Desierto, entre otros. Las voces humanas que surgen de lo profundo de estos documentos, nos permiten observar no sólo la conflictividad so-

cial, sino también hasta qué punto la mirada de aquella sociedad se encontraba impregnada por el imaginario occidental y cristiano. La importancia de estas cartas va, entonces, más allá de las distintas problemáticas de la historia de frontera que reproducen y reflejan. Siguiendo a Bechis, podemos decir que ellas forman parte de la creación de la historia, del devenir de la sociedad de frontera. En ese sentido, los individuos a los cuales hacen referencia están siendo a la vez reflejados y constituidos por ellas. Estas comprometen, involucran, cambian el ser-para-otro de los sujetos a los cuales se refieren (Bechis, 1999:184).

Dentro de ese vasto conjunto se encuentran las ocho cartas que se refieren al cautiverio de Celso. Fueron escritas, entre febrero de 1873 y julio de 1875,³ en su mayoría en Villa Nueva (Córdoba). Todas abordan como única temática el cautiverio de Celso. Cinco fueron escritas a pedido de los padres en tanto que una lleva la firma del propio padre del cautivo y la otra está rubricada por el franciscano fray Tomás María Gallo. Esta última abunda en una serie de datos (nombre, edad, antecedentes familiares, rasgos físicos relevantes, años de cautiverio, manejo de la lengua castellana) que tienen por objeto facilitar su identificación y rescate. Por su interés descriptivo, la reproducimos a continuación:

Río Cuarto, Febrero 4 de 1873

Mi estimado Padre

El 15 de noviembre del año pasado en el lugar del Chato fué cautivado un mozo de 15 años llamado Celso Cavaliero, ñato, pelo negro, de un alto regular, color trigueño, ojudo y con una cicatriz en el labio de arriba. Este mozo lee y escribe.

Nemesio, padre del referido niño al pasar yo por Villanueva me ha encargado mucho que se averiguase en qué tildo estaba para poderlo enseguida rescatar.

Con este motivo le ruego a Usted que si pasa a tierra adentro lleve la presente para que por medio de las señas venga en conocimiento del mozo y me avise.

Le saludo de corazón

Su afmo S.S.

Fr. Tomás María Gallo.⁴

En relación con el cautiverio, es muy significativo no sólo el número de cartas registradas sino el hecho de que todos los actores de la frontera abordan la cuestión. Dentro de las cartas escritas por los pobladores fronterizos, la mayoría de ellas están vinculadas con esta problemá-

tica, básicamente porque fueron redactadas por los padres de cautivos o algunos de sus parientes o allegados que reclamaban por ellos. En su gran mayoría, ellas están dirigidas al padre Marcos Donati, un misionero franciscano apodado "el Redentor de Cautivos", porque era el que se ocupaba de negociar con los ranqueles el rescate de algunos de ellos. Según las cartas, los padres de Celso habían reunido \$ 30 para pagar el rescate de su hijo. La mecánica más común era la siguiente: los familiares solicitaban el auxilio del misionero, quien luego de negociar con el indio que lo tenía, a veces lograba recuperarlo. Éste podría ser el caso que nos ocupa, en tanto los padres apelan a la intermediación del coronel Carreras y su esposa Justa G. de Carreras, para que actuaran de interlocutores ante el misionero Donati. El hecho de que los padres acudieran a Carreras y luego a un señor de apellido Yrigoyen, está haciendo referencia a dos situaciones diferentes: a) La necesidad de movilizar, ante la adversidad, las recomendaciones de personas influyentes del medio. b) La incapacidad de los padres de escribir directamente, lo cual es indicativo del analfabetismo característico de la población rural y de frontera de la segunda mitad del siglo XIX. Como la comunicación se realizaba por un medio escrito (la carta) era siempre necesario acudir a quienes tuvieran dominio de la lectoescritura. Por otra parte, generalmente, se tenían conocimientos sobre el destino de los cautivos en la "tierra adentro", razón por la cual no era difícil conocer su paradero. No es extraño entonces que los parientes de los cautivos supieran la situación económica del indio que lo tenía en su poder para, a partir de esta información, deducir si lo vendería o no. En el caso de Celso, las cartas informan que a pocos meses del cautiverio, sus padres estuvieron en conocimiento de que los indígenas le habían cambiado el nombre a su hijo, al que ahora llamaban "Lucero". Sobre este último aspecto su nieto Carlos relató:

Eso me lo dijo mi padre de tanto insistir y entonces me dice: "él se llamaba Villamil", pero por qué, ni por nada. Y yo siempre traté de averiguar por qué Villamil, porque, yo había leído, había buscado "mil" era el apócope de "millá" que quiere decir oro, que, por ejemplo Cañumil era "el de las barbas de oro", y encontrar un indígena barbado era muy raro, ¿no cierto? (...) Bien, entonces, luego, releyendo, releyendo un libro, el segundo libro de Avendaño, que es "Costumbres de los indios", enton-

ces habla de qué quiere decir “milla” y hablaba de otra cosa y decía “toda, no sé cuanto...” por ejemplo, este... “toda clara” o “toda...”, es decir que milla quería decir clara, eh... todo y mil oro. Es decir “todo de oro”. O sea que mi abuelo era de cuerpo claro, ¿no cierto?, de piel clara, ¿no cierto? Bien. Y Lucero probablemente por el tema de que haya sido un chico chico, que a lo mejor le tenían simpatía, que había andado bien, porque indudablemente él se supo granjear la simpatía de la gente en función de que no tuvo, él mismo lo dice, no tuvo la vida horrenda que tenían (...) los cautivos para todo era terrible porque el que se... lo dice el Martín Fierro, lo dicen las Memorias de Manuel Baigorria.

A partir de este fragmento es posible apreciar los elementos que dan sustento al relato de Carlos. Pese a indicar que su padre no hablaba del tema del cautiverio, continuamente hace referencia a los datos que éste le aportó. Pero Carlos también indagó en las memorias de personajes que vivieron con los indígenas en la segunda mitad del siglo XIX (Santiago Avendaño, Manuel Baigorria y Lucio V. Mansilla), en otros textos de épocas (Estanislao Zeballos y José Hernández) y en bibliografía contemporánea como es el caso de la producción del padre Durán (1998).

Para finalizar

Al analizar los documentos vinculados con el tema, Operé (2001:110-111) marca la falta de interés de los cautivos por contar sus experiencias. Forzados por las circunstancias, habrían revelado tan sólo aquellos aspectos sobre los que se les interrogaba. Quizás, se avergonzaran de su condición y se sintieran manipulados por las autoridades fronterizas. Quizás, el cautiverio fue un fenómeno cotidiano que ya no llamaba la atención. Lo cierto es que son escasas las declaraciones que revelan cierta elocuencia o capacidad para verbalizar las dimensiones de la experiencia sufrida. En este contexto, la historia de Celso se torna valiosa, no sólo porque quedó escrita allá por la década del 30, sino también porque el propio cautivo procuró transmitir a sus hijos sus vivencias en la “tierra adentro”. Pero además, la singularidad de la historia de este cautivo se potencia si advertimos que la combinación de diversas fuentes (cartas, historia de vida, testimonio oral) permiten reconstruir hoy, más de 100 años después, un aspecto tan significativo de la historia de la frontera, que ha sobrevivido a pesar del silencio y de todas las ope-

raciones de olvido ligadas a él. El cautiverio de Celso logra así pasar al campo de la historia como una historia “contra el olvido”, permitiéndonos de alguna manera invertir el planteo que habíamos hecho al comenzar este escrito.

Por otra parte, resulta sumamente importante estudiar el relato de Carlos sobre la historia de su abuelo cautivo a la luz de las fuentes que lo sustentan porque de este modo es posible identificar los límites y las posibilidades que ofrecen los testimonios de hombres y mujeres actuales que procuran recuperar su pasado de frontera. La primera dificultad estaría dada por la fragmentación de los datos de estas narrativas, en especial en aquellos casos en donde la propia familia negó tener un pasado vinculado con la frontera. La segunda tiene que ver con el hecho de que los narradores ponen en boca de sus parientes palabras o acontecimientos que, en realidad, son fruto de sus propias interpretaciones. Pese a estos obstáculos, estos relatos posibilitan no sólo conocer el destino de muchos de los pobladores de la frontera una vez que ésta llegó a su fin, sino también dar cuenta del modo en que las generaciones posteriores recordaron ese pasado y, en consecuencia, actuaron como si el conflicto entre indígenas y *cristianos* aún formara parte de sus vidas. En tal sentido, la siguiente frase de Carlos en referencia al accionar de sus tíos en Ballesteros sintetiza la mirada de gran parte de los pobladores rurales del sur de Córdoba:

En la época de jóvenes dice que ellos salían a visitar gente en los puestos y entonces, siempre, siempre dice, miraban al sur por si venían los indios. Eso me quedó así grabado.



NOTAS

¹ Diario *El Eco de Córdoba*. Año XI. N° 2886. Fecha: 16/11/1872, pp. 2-3; N° 2887. Fecha: 17/11/1872, pp. 3; N° 2897. Fecha: 16/11/1872, pp. 2. En: Archivo Histórico de Córdoba. Tomo N° 22.

² Diario "*El Eco de Córdoba*". Año XI. N° 2889. Fecha: 20/11/1872, pp. 2. En: Archivo Histórico de Córdoba, Tomo N° 22.

³ Archivo Histórico del Convento San Francisco (AHCSF). Doc. N° 287, Rte: fray Tomás María Gallo a fray Marcos Donati, 4/02/1873, Río Cuarto. Doc. N° 381, Rte: Justa G. de Carreras a fray Pío Bentivoglio, 13/01/1874, Villa Nueva. Doc. N° 402, Rte: Gregorio G. Carreras a fray Marcos Donati, 28/03/1874, Villa Nueva. Doc. N° 465, Rte: Gregorio G. Carreras a fray Marcos Donati, 22/04/1874, Villa Nueva. Doc. N° 530, Rte: Nemecio Caballero a fray Marcos Donati, 9/06/1875, Villa Nueva. Doc. N° 535, Rte: Manuel Yrigoyen a fray Marcos Donati, 30/06/1875, Villa Nueva. Doc. N° 540, Rte: Gregoria J. de Irigoyen a Fray Marcos Donati, 13/07/1875, Villa Nueva. En: Tamagnini, 1995.

⁴ AHCSF, Doc. N° 287, Año 1873, Rte: fray Tomás María Gallo a fray Marcos Donati. Río Cuarto, 4 de febrero de 1873. En: Tamagnini, 1995: 155.

BIBLIOGRAFÍA

Bechis, Martha, "La vida social de las biografías: Juan Calfucurá 'líder total' de una sociedad sin Estado" en Ruth Sautu, (comp.) *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, Universidad de Belgrano, 1999.

Bourdieu, Pierre, "La objetivación del sujeto objetivante", en Bourdieu, P. y L. Waquant (comp.), *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995, pp. 149-157.

Durán, Juan Guillermo, *El padre Jorge María Salvaire y la Familia Lazos de Villa Nueva. Un episodio de cautivos en Leubucó y Salinas Grandes. En los orígenes de la Basílica de Luján 1866-1875*, Buenos Aires, Paulinas, 1998.

Mandrini, Raúl, "La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX", en Lischetti, Mirta (comp), *Antropología*, Buenos Aires, Eudeba, 1986, pp. 310-330.

Mayo, Carlos, "La frontera; cotidianidad, vida privada e identidad" en Devoto, Fernando y Marta Madero (dir.) *Historia de la vida privada en la Argentina, tomo I País antiguo. De la colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

Mayo, Carlos y Amalia Latrubesse, *Terratenientes, Soldados y Cautivos. La frontera 1736-1815*, Buenos Aires, Biblos, 1998.

Néspolo, Eugenia, "El cautiverio en la Frontera Bonaerense" en Revista NAYA (*Noticias de Arqueología y Antropología. Especial de Etnohistoria*), Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, en: <http://www.etnohistoria.com.ar>, 1999.

Operé, Fernando, *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Palermo, Miguel, "El revés de la trama. Apuntes sobre el papel económico de la mujer en las sociedades indígenas tradicionales del sur argentino" en *Memoria Americana 3*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1994.

Rojo, Francisco y Andrés Ivern (comp.), *Páginas literarias del último caudillo*, Rosario, Escuela de artes gráficas del colegio "San José" de Artes y Oficios, 1950.

Rotker, Susana, *Cautivos. Olvidos y memoria en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1999.

Schmuclear, Héctor, "Formas de olvido" en *Confines 01*, abril 1995, pp. 51-54.

Tamagnini, Marcela, *Cartas de Frontera. Los documentos del conflicto interétnico*, Río Cuarto, Departamento de Publicaciones e Imprenta de la Universidad Nacional de Río Cuarto, 1995.